

LAS MUJERES SOSTIENEN LA EXISTENCIA. UN ANÁLISIS DE LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA EN TÉRMINOS DE TRABAJO

Itandehui Juárez-Acevedo

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

ita.juav@gmail.com

RESUMEN

El artículo analiza los principales trabajos reproductivos que las mujeres realizan para sostener la vida continuamente. A partir de una etnografía realizada entre 2017 y 2018 en Juchitán de Zaragoza, Oaxaca, propone una clasificación para desarrollar el trabajo: 1) doméstico, 2) de cuidados, 3) de contención emocional, 4) para generar ingresos y 5) “para el goce”, como los pilares centrales para generar el bienestar colectivo. El texto enfatiza que, pese a su vitalidad, estas labores suelen ser minimizadas hasta el punto de no considerarse trabajo e ignorar o minimizar la energía, el tiempo y el esfuerzo necesarios para su realización, así como el desgaste físico, mental y emocional que generan.

PALABRAS CLAVE

MUJERES, TRABAJO, REPRODUCCIÓN DE LA VIDA, JUCHITÁN DE ZARAGOZA

ABSTRACT

The article analyzes the main reproductive work that women perform to sustain life continuously. Based on the ethnography conducted between 2017 and 2018 in Juchitán, Oaxaca, México, it creates a classification to develop the work 1) domestic work, 2) care work, 3) emotional support work, 4) remunerated job and 5) work “for enjoyment” as the central support to generate collective well-being. The text empha-

sizes that, despite their vitality, these tasks are usually minimized to the point of not being considered work and the energy, time and effort required to perform them, as well as the physical, mental and emotional wear and tear they generate, are ignored or downplayed.

KEY WORDS

WOMEN, WORK, REPRODUCTION OF LIFE, JUCHITÁN DE ZARAGOZA

Introducción

La *reproducción de la vida* comprende las múltiples actividades, relaciones y estados mentales por medio de los cuales la energía física, mental y emocional de las personas se repone continuamente, es gracias a ella que la vida y la capacidad laboral se reconstruye cada día. En ese sentido, la reproducción de la vida precede a cualquier tipo de producción: para que el trabajo “productivo” sea posible, se necesita primero la revitalización de la persona que realizará ese trabajo (Federici, 2013).

Históricamente las mujeres han sido las principales responsables de reproducir la vida, sin embargo, las actividades que desempeñan permanecen invisibles y han sido naturalizadas hasta el punto de no considerarse “trabajo”. En este texto, en un esfuerzo por nombrar, resignificar y politizar las diversas tareas que ellas llevan a cabo cada día para sostener la existencia, propongo analizar la reproducción de la vida como trabajo.

Siguiendo esa lógica, con fines meramente analíticos, desarrollo una clasificación de las principales labores que realizan las mujeres; aunque evidentemente éstas se encuentran en estrecha relación, se superponen y en la vida real muchas veces es difícil diferenciarlas: 1) el trabajo doméstico; 2) el trabajo de cuidados; 3) el trabajo de contención emocional; 4) el trabajo para generar ingresos; y 5) el “trabajo para el goce” (Martínez Luna, 2010).

El análisis que presento se sitúa en un contexto de desastre que hizo notar, con gran claridad, que la vida se sostiene y se nutre del trabajo reproductivo que las mujeres realizan desde el amanecer hasta el anochecer. La noche del 7 de septiembre de 2017 un terremoto de 8.2 grados Richter azotó el país y afectó severamente a Juchitán de Zaragoza, en el Istmo de Tehuantepec del estado de Oaxaca. De un momento a otro las personas se quedaron sin casa y sin medios de producción; los espacios comunitarios —como el mercado, el palacio municipal, los templos o el

hospital— también se destruyeron. En estas condiciones la preocupación por cómo sobrevivir era latente.

Apuntes metodológicos

Este artículo surge de una investigación de corte cualitativo y etnográfico que, como señala Rockwell, busca “documentar lo no-documentado de la realidad social” (2009, p. 21). En ese sentido, con el objetivo de comprender las experiencias, los saberes y los sentires de las mujeres juchitecas al hacerse cargo del trabajo reproductivo, realicé trabajo de campo durante seis meses entre 2017 y 2018.

En un intento por resquebrajar los sesgos androcéntricos y misóginos que suelen ocultar el papel histórico y vital que las mujeres han tenido para sostener la existencia, me nutro de la teoría del punto de vista y de los conocimientos situados (Haraway, 1995; Harding, 1998) como recursos epistemológicos para presentar una investigación feminista que pone en el centro la triada mujeres-trabajo-reproducción de la vida.

Las principales técnicas de investigación utilizadas fueron la observación participante y la entrevista a profundidad. Conviví con las mujeres casi las 24 horas del día, compartiendo largas conversaciones, comida, celebraciones y múltiples trabajos. Al mismo tiempo, colaboré como voluntaria en un proyecto de reconstrucción de cocinas, por lo que participé constantemente en trabajos de cimentación, construcción con materiales locales como lodo y zacate, colocación de techos y elaboración de fogones. Todo esto me permitió crear lazos de confianza, afecto y respeto, así como nutrir una mirada más profunda sobre sus labores, dinámicas y relaciones familiares y comunitarias, es decir, sobre todo aquello que hace posible la reproducción de la vida en Juchitán y que, por ser tan familiar, muchas veces pasa inadvertido.

Para fines de este artículo, me baso en nueve entrevistas semi-estructuradas que fortalecen las observaciones y la información obtenida a través de los diálogos cotidianos y espontáneos. Cabe destacar que el perfil de las mujeres entrevistadas es muy variado en cuanto a la edad, el estado civil, el lugar que ocupan dentro de la unidad de reproducción y el impacto que el terremoto generó en las casas y en los bienes materiales que poseían. Esto no es casual, opté por la diversidad debido a que no me interesa mostrar una imagen única o exclusiva de las mujeres juchitecas, sino reflejar los matices y constatar que todas aseguran la reproducción de la vida familiar y comunitaria.

La triada vital

Propongo nombrar “triada vital” a los tres trabajos que, generalmente realizados por las mujeres, bombean y nutren el corazón de la existencia colectiva: el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados y el trabajo de contención emocional. Estas tres labores se trenzan para sostener la existencia, gracias a ellas la vida logra hacerse cuerpo cada día.

La triada vital está formada por trabajos que comparten cuatro características principales: 1) son universales, es decir que todas las personas los necesitan para vivir; 2) garantizan el bienestar físico y subjetivo; 3) generan las condiciones esenciales para que las personas puedan encargarse de realizar otras actividades; y 4) sus jornadas no tienen límites temporales ni espaciales, se realizan en cualquier lugar las 24 horas durante los 365 días del año. Pese a su vitalidad, estas labores suelen pasar desapercibidas y mantenerse invisibles hasta el punto de considerar que forman parte del “rol natural” de las mujeres, que se encargan de ellos como por arte de magia.

El trabajo doméstico

El trabajo doméstico tiene por objetivo satisfacer las necesidades del hogar y la familia, crear las condiciones necesarias para vivir y producir bienestar para la unidad de reproducción (Pedrero, 2004; Torns, 2008; Federici, 2013). Abarca, por ejemplo, labores como asear la casa, preparar la comida, lavar los trastes y vestir a las y los niños. Al reproducir la fuerza de trabajo de las personas, es una de las labores más productivas de la sociedad (Dalla, 1972; Federici, 2013). En México la mayor parte del trabajo doméstico es realizado por mujeres, de hecho, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, ellas dedican el triple de tiempo que los hombres a estas labores (INEGI, 2020).

Después del terremoto en Juchitán, el trabajo doméstico constituyó uno de los pilares más fuertes para sostener la vida familiar y comunitaria. Ante el desastre, el bienestar dependía fundamentalmente de tres labores domésticas sin las cuales la vida no hubiera sido posible: alimentar a las personas, mantener limpio el espacio, y administrar el dinero y organizar el trabajo.¹

1 En el artículo “Cocinas comunitarias en Juchitán de Zaragoza: el trabajo de las mujeres en la base de la vida” (Juárez-Acevedo, 2020), analicé las estrategias que las personas desplegaron para satisfacer el “ciclo del trabajo alimenticio” en las cocinas comunitarias. Por ello, en este texto sólo me centraré en el trabajo de limpieza y en el trabajo de administración y organización.

1. El trabajo de limpieza

En tiempos normales, mientras las mujeres ocupan siete horas 47 minutos semanales a limpiar la casa, lavar o planchar la ropa, los hombres sólo dedican una hora 37 minutos (INEGI, 2015). En Juchitán, esta desigual distribución del trabajo de limpieza incrementó aún más durante los meses posteriores al terremoto. Debido a que la mayoría de las casas estaban dañadas, las personas habitaban espacios colectivos, como cocinas o campamentos, donde una de las prioridades era mantener el espacio limpio para evitar enfermedades.

Na² Elsa³ relata que “si las mujeres no hubiéramos estado aquí quién sabe cómo habría resultado. Hubiera sido un marranero. Un día barríamos, otro día lavábamos, otro día hacíamos otra cosa, pero siempre había qué hacer...todo el día, todo el tiempo” (comunicación personal, 2018). Sin el trabajo de limpieza la vida se torna caótica y desorganizada. Además, ante la destrucción material el trabajo incrementó, pero no fue redistribuido, seguía siendo responsabilidad casi exclusiva de las mujeres.

Como estábamos en grupo se juntaban más trastes porque cada quien ocupaba vaso, plato, cuchara, además de las cacerolas o las ollas en las que hacíamos la comida. Todos comían ahí, pero no todos lavaban su traste. Si bien nos iba los hombres llevaban su plato al fregadero, pero a veces así nomás se levantaban y se iban; las mujeres terminaban recogiendo su traste. Luego, en el lavadero había una pila de trastes, nosotras los lavábamos todos. Para no pelear, nos organizamos para que las que cocinaron no lavaran, y las que lavaran no recogieran todo... que fuera repartido el trabajo (Na Ceci, comunicación personal, 2018).⁴

A pesar de que las mujeres generaron estrategias para minimizar y distribuir las labores de limpieza porque comprendían el tiempo, la energía y el cansancio que implicaban, nadie cuestionaba el por qué ellas se hacían cargo de éstas. Aun ante el desastre, limpiar seguía considerándose una labor de las mujeres.

2 Na es una palabra en zapoteco cuyo significado es “señora” y en Juchitán se usa para referirse con respeto a las mujeres mayores.

3 Na Elsa (56 años) es una mujer casada, principal cuidadora y sostén económico de su madre, su padre y su nieto, de 82, 84 y 8 años, respectivamente.

4 Na Ceci (46 años) está casada y es madre de una hija y un hijo, de 27 y 24 años.

2. El trabajo de administración y organización

Las mujeres suelen encargarse de la administración del dinero y la organización del trabajo doméstico, ambas actividades requieren una gran cantidad de tiempo, esfuerzo y un conjunto de conocimientos y habilidades para garantizar el óptimo funcionamiento de la unidad de reproducción. Estas labores se convierten en una carga mental permanente para ellas y requieren, por un lado, distribuir eficazmente el dinero para cubrir los gastos de la casa y, por otro lado, organizar “quién hace qué”, es decir, planear, gestionar y asignar las tareas necesarias para lograr el bienestar colectivo.

Administrar es una labor que las mujeres perfeccionan. “Hay que disponer un tanto para cada cosa, saber calcularle para que alcance y no quedarte sin dinero. Es la magia que hacen las mujeres con el gasto de la casa”, me explicaba Berenice (comunicación personal, 2018).⁵ Después del terremoto, los precios de los productos básicos y de todas las mercancías se elevaron considerablemente. Por ejemplo, antes del sismo un cono de huevos costaba de 35 a 40 pesos, sin embargo, después llegó a cotizarse hasta en 100 pesos. También el precio de un garrafón de agua se elevó de 30 a 80 pesos (Ávalos, 2017).

En esas circunstancias ¿cómo lograban las mujeres que el dinero alcanzara para cubrir todos los gastos familiares? Ellas sabían organizar su presupuesto, conocían qué, dónde y cómo comprar para gastar menos. Los saberes y experiencias acumuladas durante años, a través del entrenamiento y la práctica constante, fueron primordiales para poder “estirar el dinero”, como dice Yumi:

Como no hubo trabajo pronto aguantamos unos días y mi esposo estuvo buscando. Empezó a ir de chalán a una obra en una tienda grande. De ahí me daba dos mil mensuales, pero yo tenía que apartar 500 para Elektra y 250 para un teléfono que era de él, porque aunque estuviéramos en el desastre teníamos que seguir pagando. A las tiendas no les va a importar si tienes o no, te van a cobrar. Fíjate, me quedaban 1,250 para el mes ¿cómo le hacía yo? Pues tenía que estirar el dinero, si no, no alcanzaba. Y como me quedé sin *comixcal*,⁶ porque se rompió, en ese tiempo no hacía totopo, entonces tuve que pedir prestado este bastidor, aquí me puse a costurar y ya salía más dinero para mis hijas (Comunicación personal, 2018).⁷

5 Berenice (21 años) está casada y es madre y cuidadora de un niño de 10 meses.

6 El *comixcal* es el horno tradicional —hecho de barro— que usan las mujeres en el Istmo de Tehuantepec para cocer tortillas, totopos y diferentes alimentos.

7 Yumi (21 años), está casada, es madre, cuidadora y sostén económico de dos niñas, de 5 y 3 años.

Las mujeres despliegan diversas estrategias para generar ingresos y poder cubrir los gastos, aunque eso implique realizar múltiples labores al mismo tiempo. Por eso también es primordial organizar el trabajo. Gestionar “quién hace qué” permite optimizar al máximo los recursos, aunque también es una actividad desgastante mentalmente porque significa dedicar tiempo y energía a pensar continuamente en la distribución. Como explica Na Lucila, “a mis hijos tenía que decirles qué hacer, porque, aunque había pendientes no los hacían, aunque vieran el lavadero lleno de trastes no los lavaban” (Comunicación personal, 2018).⁸

Entonces, el hecho de organizar el trabajo doméstico no quiere decir que hombres y mujeres se responsabilicen de manera equitativa de las tareas, sino que éstas son repartidas, principalmente, entre adultas, jóvenes y niñas de diferentes unidades de reproducción. Por eso es fácil observar, por ejemplo, que mientras alguna atiza el fuego, otra barre el patio con un bebé en la espalda mientras alguna niña lava los trastes. Así se crean redes de trabajo doméstico.

El trabajo de cuidados

El trabajo de cuidados se encarga de restablecer el equilibrio físico en las personas (Federici, 2013), genera bienestar, salud corporal y satisface necesidades básicas. Cuidar requiere brindar apoyo, asistir o atender a las personas, pero también implica prestar atención, estar pendiente o vigilar para, por ejemplo, evitar accidentes o daños. Al igual que el trabajo doméstico y el trabajo de contención emocional, los cuidados son una necesidad universal porque todas las personas, sin excepción alguna, los necesitan y dependen de ellos para vivir (Gil, 2011; Carrasco et al., 2011).

Las principales responsables del trabajo de cuidados son las mujeres, de hecho, la distribución de este trabajo es claramente desigual en relación con los hombres. A nivel nacional, cada semana ellas dedican 28 horas al cuidado de infantes menores de seis años, mientras ellos invierten ocho; para cuidar personas mayores de 60 años ellas destinan 16 horas y ellos seis; y para el cuidado de personas enfermas ellas emplean 18 horas y ellos siete (INEGI, 2015). Esta proporción temporal incrementa en momentos de crisis.

En Juchitán, luego del terremoto los cuidados aumentaron de manera inmediata, principalmente aquellos dirigidos a 1) las y los niños, 2) las y los ancianos, y 3) las personas enfermas. En los tres casos fueron las mujeres quienes más tiempo y

8 Na Lucila (44 años) es madre de seis hijas e hijos en total. Cuida y mantiene económicamente a los dos más pequeños, de 15 y 13 años.

energía dedicaron a cuidar, aunque esto implicara sobreponer y realizar al mismo tiempo múltiples trabajos. Para evitar la sobrecarga, en muchas ocasiones transferían los cuidados de unas a otras: la madre ayudaba a la hija, la abuela cuidaba a las y los nietos, y las vecinas o las comadres se apoyaban entre sí.

Aquí hay un punto toral. Las mujeres cuidan a sus parejas, a hijas e hijos, a familiares o amistades. Pero, ¿qué pasa si son ellas las que requieren cuidados?, ¿quién asume la responsabilidad y cómo? No hay duda, cuando una mujer enferma es otra quien la cuida —ya sea la hija, la madre, la abuela o cualquier otra sin lazos familiares—. Incluso si llegan a pagar por los cuidados, son mujeres quienes desempeñan el trabajo, como en el caso de las enfermeras o las nanas. La vida de muchas personas depende de ellas, entre todas tejen y refuerzan redes que sostienen la vida por medio de los cuidados.

Las mujeres “cargan el cuerpo de los otros desde su formación, hasta su muerte” (Lagarde, 2005, p. 383), pues siempre hay alguien a quien alimentar, curar o vestir. Para cuidar con gran destreza, ellas han sido entrenadas desde la infancia porque, además, es un trabajo que “no se puede tecnologizar”; “¿cómo podemos mecanizar el bañar, mimar, consolar, vestir y alimentar a un niño, [...] o asistir a personas enfermas o ancianas que no pueden valerse por sí solas?” (Federici, 2018, pp. 21, 101). Cuidar no es un trabajo simple: se utiliza el propio cuerpo, la subjetividad y el tiempo para generar bienestar en las otras personas, pero esto se traduce en desgaste físico, emocional e intelectual en una misma. Cuidar es fatigante, atender a quienes enferman o tienen alguna complicación física es un trabajo que significa un gran esfuerzo que absorbe la energía vital. Entonces, parece que hay un intercambio desventajoso que es motivado, en gran medida, por los vínculos afectivos o familiares existentes.

Además, debido a que en las mujeres “la orientación hacia los cuidados es aparentemente innata” (Carrasquer, 2013, p. 96), el bagaje intelectual, práctico y afectivo que requieren se vuelve invisible, al tiempo que el esfuerzo y agotamiento —físico y mental— que implican pasan desapercibidos. El cansancio o los daños corporales, como el dolor de espalda o de brazos, no llegan a verse como heridas o accidentes laborales, siguen relegados a lo innombrable.

El trabajo de contención emocional

Propongo el trabajo de contención emocional como el reflejo nítido de la dimensión relacional necesaria para reproducir la vida: al reponer la energía vital, es una labor esencial para existir colectivamente. Generalmente, éste es realizado por las mujeres y se encarga de revitalizar la subjetividad y producir bienestar emocional, es decir, nutre y restaura a las personas.

Contener emocionalmente implica poner en juego elementos afectivos, intelectuales y corporales con el fin de acompañar, escuchar, conversar y consolar, por lo tanto, requiere un profundo esfuerzo mental y emocional, porque significa desarrollar empatía y tener apertura para reconocer las emociones y los sentires, así como estar dispuesta a dialogar o confortar. En ese sentido, se trata de un trabajo cuyo resultado es intangible e inmaterial porque se da en el ámbito del cariño y, aunque involucra el cuerpo, los productos que genera son, por ejemplo, “una sensación de libertad, bienestar, satisfacción, excitación, pasión, e incluso la sensación de estar conectados o en comunidad” (Gil, 2011, p. 291).

En el contexto del desastre, ¿quién no necesitaba un abrazo o algunas palabras al ver su casa destruida? Para las personas era vital expresar lo que sentían y desahogarse para sanar. Quienes tenían algún pesar buscaban externar sus emociones, para disminuir sus preocupaciones o temores, y tendían a acudir a las mujeres para buscar consuelo. Así, las madres, hermanas, hijas, parejas o amigas eran el principal sostén emocional de los demás. El ánimo, la calma y la fortaleza que ellas producían posibilitó la vida en los meses siguientes al desastre: con su escucha, sus palabras y cariños lograban que las personas cercanas se sintieran bien y no “enfermaran de tristeza” entre los escombros.

Las mujeres suelen comprender los sentires, generar esperanza y dar fuerza; ponen su tiempo, energía y cuerpo para prestar atención, explicar, acompañar y abrazar los afectos. Sin embargo, pese a que la contención emocional es una necesidad universal, socialmente no es considerada como trabajo debido a que sus manifestaciones se consideran características femeninas, aunque en realidad son “funciones laborales” porque, como sostiene Federici (2013, p. 25), se trata de un conjunto de actividades que se vuelven parte de la rutina de trabajo. Pero, además, para realizarlo ellas dedican varias horas de su tiempo y se desprenden de gran parte de su energía física, mental y afectiva: contener emocionalmente a otros también genera cansancio y desgaste.

El trabajo de las niñas en la triada vital

Las niñas también sostienen la existencia. Abi es una niña de ocho años que, en sus propias palabras, “se dedica a estudiar y trabajar”. Ella explica: “mi trabajo es ayudar a mi mamá, lavar los trastes y cuidar a mis hermanas [de dos años y un mes, respectivamente]. Yo las abrazo y les doy de comer porque mi mamá costura. Ese es mi trabajo”. Abi sonríe y habla más bajito para decir que le gusta que haya gente en su casa, “porque así abrazan a mis hermanitas y entonces yo puedo divertirme, así puedo jugar”.

Para sostener la triada vital se necesitan manos, cuerpos adiestrados para lavar los trastes, limpiar, cuidar o consolar. A las niñas como Abi se les responsabiliza y se les entrena desde muy temprana edad para ser competentes y encargarse del trabajo doméstico, los cuidados y la contención emocional, es decir, para dedicar gran parte de su vida al servicio de otros. Un reportaje sobre el trabajo doméstico infantil concluyó que, según datos del INEGI (2017), de las niñas de cinco a 17 años que viven en Oaxaca, 74.8% realizan labores domésticas (Jiménez, 2019). Del trabajo de cuidados y de contención emocional no hay cifras.

Si la mirada está atenta, el trabajo de las niñas se puede observar con facilidad. Por ejemplo, un día en Juchitán, mientras dos mujeres preparaban la comida en el patio debajo de un almendro muy grande, a un costado de ellas estaba un hombre joven componiendo la llanta pinchada de una bicicleta y cuatro niños que jugaban trompos. De vez en cuando, él volteaba para darles consejos sobre cómo lanzar el juguete para que girara por más tiempo y con mayor estabilidad. Los niños escuchaban con atención y, con cuidado, enrollaban la cuerda para lograr su objetivo. Cerca estaban sus hermanas —de edad similar a ellos—, una de ellas, sentada con una bandeja de plástico en las piernas, limpiaba algunas zanahorias mientras observaba cómo ellos jugaban; la otra, lavaba los trastes sucios en el lavadero mientras vigilaba a su hermanito.

El trabajo de las niñas está ahí, visible y materializado, haciendo posible la vida de aquéllos que juegan mientras cada una trabaja. Al sostener la triada vital, ellas también disminuyen la carga laboral de las mujeres adultas, lo cual es más complejo que suceda con los niños.

Imagínate, cuando ya salíamos a vender todavía teníamos que llegar a limpiar. Pero ya estábamos cansadas, eso es lo que menos queríamos cuando regresábamos a la casa. A veces ya ni lo pensábamos, ya ni regañábamos a quien se quedaba en la casa todo el día, pero no hacía nada. Por ejemplo, si tienes hijos, no van a ayudar. Bonito es cuando tienes hija porque ahí sí te acomodas, ella limpiaba en la casa y tú salías a vender. Pero cuando no, regresábamos y nomás lo hacíamos [el trabajo doméstico] como por inercia; creo que así es siempre, porque sabemos que si no limpiamos nosotras así se va a quedar (Na Rosi, comunicación personal, diario de campo, 2018).⁹

9 Na Rosi (59 años) vive con su esposo y dos hijos, de 12 y 18 años.

Cuando a las niñas se les dice que “ayudan” se refuerza el imaginario de que lo que hacen no es trabajo, se va desdibujando la claridad que ellas pueden tener y, con el paso del tiempo, éste llega a hacerse casi “por inercia”, como señala Na Rosi. Después de tanto limpiar, cuidar y escuchar a las y los hermanitos, germina la idea de que esto es una expresión de amor que las hace ser “niñas buenas”. Se van naturalizando estos trabajos como “atributos femeninos” hasta el grado de considerarse una tarea que todas las mujeres deben realizar (Federici, 2013, p. 39). Todas, incluso las más pequeñas.

Pero al distinguir este proceso también se puede crear un efecto contrario. Reconocer y nombrar el trabajo de las niñas tiene una gran potencia política: aceptar y decir que lo que hacen es trabajo implica, por un lado, resignificar su hacer y enseñar a valorarlo en función de sí mismas y, por otro lado, les da la posibilidad de elegir si lo asumen o no. Las palabras de Abi, cuando dice “este es mi trabajo”, son un reflejo de la conciencia que hay en la infancia, del reconocimiento de que el trabajo cuesta el disfrute, la diversión y la libertad, pero ¿qué más les cuesta? ¿De qué más se les priva o se desprenden al realizarlo?

El trabajo para generar ingresos

El trabajo para generar ingresos produce seguridad y permite satisfacer necesidades en la unidad de reproducción. Éste sí suele nombrarse, porque al realizarlo se obtiene dinero, es decir, el producto de las labores se materializa y es tangible. Particularmente, en Juchitán la principal fuente de ingresos es el comercio (Miano, 2002; Acosta, 2007; Dalton, 2010) y es sostenido en gran parte por las mujeres porque, según la división sexual del trabajo local, a ellas les corresponde transformar y vender los bienes y las mercancías mientras que los hombres se encargan de la producción, es decir, de actividades en el campo, en el mar o en la industria (Miano, 2002, p. 80).

Ante la pérdida de los medios de producción y los empleos remunerados —a causa de los derrumbes de las construcciones— las mujeres reactivaron las ventas para generar ingresos y cubrir los gastos familiares. Cabe destacar que, aunque ellas se encargan de la mayor parte del trabajo en el mundo, cuando obtienen ingresos no los disponen para sí mismas, sino que los distribuyen entre otras personas (Gabe, 2001). En circunstancias de desastre esta situación se hizo visible con total claridad.

Después del temblor todo subió. Y luego: que se acaba el gas, que llega el recibo de luz, que debemos pagar esto, lo que vas a ocupar cuando lavas ropa [...]. El hombre entrega una cantidad de dinero a la semana, “tú ves si te alcanza, tú ves cómo estirar el dinero” [...]. Por eso vender es más el pensar de las mujeres, siempre tenemos que hacer otra cosa porque si uno no hace nada, a media semana ya no hay (Na Mirna, comunicación personal, 2018).¹⁰

Dadas las circunstancias de desastre, vender fue necesario para restablecer el equilibrio de la vida cotidiana, pero también permitía a las mujeres reactivar la economía al mismo tiempo que realizaban otros trabajos, como cuidar a las y los hijos, satisfacer necesidades familiares, participar en proyectos de reconstrucción o dar seguimiento a procesos burocráticos.

El retorno al “trabajo para el goce”

El trabajo para el goce implica la construcción, el mantenimiento y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios, de tal forma que reproduce ideológica, simbólica y afectivamente a la comunidad. En ese sentido, crea un profundo sentido de colectividad y genera relaciones de interdependencia (Acosta, 2007). Generalmente, el goce se manifiesta en la fiesta y

es el resultado integral logrado de la labor ejercitada por la comunidad en su relación con su naturaleza, éste es la demostración de la diversidad de posibilidades que ofrece su territorio, la capacidad intelectual de los habitantes, y el resultado de la creatividad ejercitada en el día, el mes, el año, el tiempo y el espacio que le ha tocado vivir. Ello fundamenta una filosofía de la satisfacción compartida, de todos los elementos partícipes de su proceso de vida, material e intelectual. (Martínez, 2015, p. 102).

En Juchitán festejar es trascendental, sin embargo, la vida festiva cambió luego del sismo. Martín Beristain sostiene que ante las catástrofes “es importante tener en cuenta los efectos sociales [...] porque muchas pérdidas humanas, materiales o simbólicas, significan un empeoramiento de las condiciones de vida [...], pero también

10 Na Mirna (35 años) es madre y cuidadora de dos hijos, de 17 y 15 años.

por el significado simbólico que tienen muchas pérdidas asociadas a la identidad” (2000, p. 13).

Dado que “el goce o la fiesta responde también a los tiempos de la naturaleza” (Martínez, 2010, p. 162), debido a los daños materiales, al impacto económico y a los procesos de duelo que sucedieron al terremoto, las Velas se suspendieron en Juchitán.¹¹ La decisión no fue sencilla de tomar, partió de una profunda reflexión y largos debates para llegar a acuerdos. Por un lado, las personas consideraban que no podían realizarlas porque no todas tenían los recursos necesarios —habían perdido sus casas y sus bienes—, pero también era una cuestión de respeto a quienes fallecieron; tenían que guardar luto. Por otro lado, sabían que las Velas eran vitales porque a través de ellas se preservan las tradiciones, las costumbres y los significados de la vida comunitaria, al mismo tiempo que el dinero se moviliza y facilita la reactivación económica. Al final, decidieron no hacerlas y esperar un año.

La suspensión de las fiestas impactó la vida juchiteca en gran medida. Como explica Na Lugarda, “Juchitán no se podía levantar emocionalmente, era muy difícil porque todo el pueblo aceptó que no se hicieran fiestas, aunque son parte de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones... y no se llevaron a cabo. Entonces hubo más tristeza” (Comunicación personal, 2018).¹² La población reconocía que era urgente retornar a las celebraciones.

Cuando las condiciones físicas y económicas mejoraron, las fiestas se realizaron de nuevo, aunque eran más pequeñas de lo común. En diciembre de 2017 comenzaron a celebrar los cumpleaños; a partir de enero de 2018 las bodas, XV años o fiestas infantiles; y las Velas se reanudaron en noviembre de 2018, es decir, más de un año después del terremoto. Las fiestas en Juchitán, como parte del ciclo vital, impactan al menos en dos sentidos profundos: 1) al redistribuir los recursos, y 2) en la vida afectiva, porque fortalecen los lazos sociales.

La redistribución de recursos

Las fiestas revitalizan la economía de la comunidad porque al realizarlas el trabajo de muchas personas se activa y los recursos se redistribuyen. Al hablar de recursos no me refiero sólo al papel moneda, sino también a todos aquellos bienes intangibles

11 Las Velas de Juchitán son celebraciones que se realizan con el fin de honrar a diferentes santos y personajes religiosos, y están distribuidas a lo largo de todo el año, principalmente en mayo.

12 Na Lugarda (79 años) es cuidadora de dos de sus nietos, aunque no dependen de ella económicamente.

—como la reciprocidad y los vínculos que se movilizan para generar un “sistema de dones”, en palabras de Marcel Mauss (1979)— que funcionan de forma circular, en un ir y venir constante, y que sostienen a la comunidad incluso en tiempos difíciles.

Cuando hay fiestas los recursos materiales y monetarios se mueven con mayor fluidez, porque “la mayordoma compra su traje y todo lo que usa. Las señoras preparan y sirven las botanitas, así ganan. Luego un conjunto, los alquileres, el peinado”, como explica Na Asunción (Comunicación personal, 2018).¹³ Además de pagar por los bienes y servicios adquiridos, contribuyendo a la fluidez monetaria en Juchitán, las mujeres activan otra forma de intercambio y de “dones” en las fiestas: la limosna. La limosna es “un dinero que nunca sale de la comunidad, un dinero de las mujeres. Es el dinero de las cooperaciones que se dan en las fiestas. Da vueltas entre ellas, pero siempre se queda ahí” (Mari, diario de campo, 2018).¹⁴

Al llegar a una fiesta, las mujeres invitadas entregan a la anfitriona su limosna —que va de los 50 a los 300 pesos— envuelta en una servilleta o un pedazo de papel, así aportan a la celebración y contribuyen a que ella pueda comprar lo que necesite. Por eso, para algunas mujeres como Na Angelina, “ir a fiestas es como ahorrar, vas a fiestas y llevas limosna, y cuando haces fiesta te la regresan, es cooperar para que después te devuelvan todo junto. Es ‘tú me das y yo te doy’” (Diario de campo, 2018).¹⁵ Entonces, la limosna crea una economía circular entre mujeres, es una forma de reciprocidad, de hacer común entre ellas. Pero no es la única forma de activar esta economía. Las redes de apoyo y de comadrazgo también la posibilitan, de tal manera que el trabajo de las mujeres refuerza y reproduce las relaciones sociales en la comunidad.

Si te llega una invitación tú sabes que ella [quien invita] va a necesitar de tu ayuda, claro que va a necesitar de tu ayuda. Tempranito te bañas, ya sabes el compromiso que tienes... no tienen que pedírtelo [...]. Ella no te va a decir directamente que vayas a ayudarla, ahí con la invitación te está diciendo que sabe que necesita de tu ayuda, y vas a ayudarla en lo que tú puedas. No es necesario que sepas hacer botana, puedes ayudarla en lavar los trastes, puedes ayudarla en barrer su casa, en limpiar, así es... en muchas cosas se puede ayudar (Heidi, comunicación personal, 2018).¹⁶

13 Na Asunción (43 años) está casada y es madre de una hija y un hijo, de 25 y 24 años, que ya no dependen económicamente de ella.

14 Mari (27 años) es soltera y vive con su familia nuclear.

15 Na Angelina (81 años) no tiene dependientes económicos y se dedica a vender queso.

16 Heidi (29 años) es madre, cuidadora y sostén económico de una niña de 10 años.

En Juchitán se revela una “economía de la fiesta [...] que es estructurante para la comunidad” (Michel, 2006, p. 65) y es posible gracias al trabajo de todas las mujeres que se encargan de tareas específicas, por ejemplo, al preparar la botana, adornar o vestir los trajes tradicionales. Los recursos materiales e inmateriales que se movilizan antes y después de la celebración se adquieren en compra, renta o intercambio, es decir, se activan las dinámicas monetarias, pero también las relaciones de comadrazgo y el don.

El goce y la vida afectiva

En las fiestas juchitecas el goce también se presenta en el compartir la comida, la bebida y el baile, en el disfrute, el movimiento y las risas. Las fiestas ayudan a avivar las ganas de estar y de vivir, refuerzan vínculos y afectos; en ellas se genera el bien común. Por ejemplo, las Velas de Juchitán son parte de la identidad colectiva, del sentido y del trabajo comunitario, pues “es el reflejo del espíritu de todos [...], se usa para el goce de todos” (Martínez, 2010, p. 91). Pero esto no sería posible sin el trabajo de las mujeres. Cuando ellas organizan, gestionan y ejecutan las labores necesarias para la fiesta, también refuerzan el entramado comunitario y producen lazo social. Las mujeres sostienen y fortalecen los vínculos familiares y comunitarios a través de su “trabajo para el goce”, por medio de la ayuda mutua y la mano vuelta.

Por otro lado, en las fiestas las mujeres portan con orgullo las tradiciones y las costumbres de Juchitán. Me explico. Desde que son niñas ellas visten el “traje regional”, sus madres, tías o abuelas, les enseñan a usar el huipil y a colocar el olán, las peinan y les colocan flores en el cabello.¹⁷ Los niños, en cambio, no tienen que cubrir esos requerimientos de vestimenta, por lo que asisten a las celebraciones con pantalones, guayaberas, camisas o playeras casuales. Entonces, desde pequeñas incorporan elementos simbólicos y afectivos de la comunidad que son creados por otras mujeres. Ellas encarnan la comunidad y sus simbolismos: llevan el territorio en el propio cuerpo.

17 Margarita Dalton (2010) analiza a profundidad cómo las celebraciones forman parte del ciclo vital de las mujeres y cómo influyen en la construcción de la identidad y del “amor propio”.

A modo de cierre

A lo largo del texto analicé los cinco tipos de trabajos que las mujeres realizan continuamente para reproducir la vida: 1) doméstico; 2) de cuidados; 3) de contención emocional; 4) para generar ingresos; y 5) para el goce. Esta clasificación me permitió dar cuenta de las principales labores —pero no las únicas— que las mujeres llevan a cabo para garantizar el bienestar colectivo y que, pese a que son esenciales e indispensables para la existencia, no suelen ser nombradas ni reconocidas. En esta investigación propongo que son trabajo porque: 1) implican tiempo y dedicación; 2) requieren esfuerzo físico y energía emocional; 3) producen valor; y 4) generan cansancio y desgaste corporal, mental y afectivo.

El trabajo de las mujeres y las niñas está presente las 24 horas de cada día en todo el mundo y se basan en las enseñanzas y el entrenamiento femenino que son transmitidos desde la infancia. A través de su cuerpo, sus saberes y su energía emocional, física y mental, ellas sostienen la existencia. Sin embargo —ya que “la producción de nuestra vida se transforma, inevitablemente, en la producción de muerte para otros” (Federici, 2013, p. 254)—, a pesar de que el conjunto del trabajo realizado por las mujeres genera bienestar y calma para las demás personas, para ellas se traduce en fatiga y desgaste continuo que suelen pasar inadvertidos.

Referencias

Acosta, E.

(2007). *Zapotecos del Istmo de Tehuantepec. Pueblos indígenas del México contemporáneo*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Ávalos, J.

(18 de septiembre de 2017). Juchitán, abuso en los precios. *Eje Central*. <http://www.ejecentral.com.mx/juchitan-abuso-en-los-precios/>

Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T.

(2011). Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco, C. Borderías, y T. Torns, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (pp. 13-95). Los libros de la catarata.

Carrasquer, P.

(2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 91-113.

Dalla Costa, M.

(1972). *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. Siglo XX.

- Dalton, M.**
(2010). *Mujeres: género e identidad en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Federici, S.**
(2013). *Revolución punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S.**
(2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Gabe, M.**
(2001). *Las mujeres mueven el mundo*. Gobierno de Navarra, Instituto de estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional, Universidad del País Vasco.
- Gil, S.**
(2011). *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectoria y rupturas en el Estado español*. Traficantes de Sueños.
- Haraway, D.**
(1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-146). Cátedra.
- Harding, S.**
(1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía.**
(2015). *Encuesta Intercensal*. <https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía.**
(2017). *Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México*. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/StmaCntaNal/CSTNRH2017.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía.**
(2020). *Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México*. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/StmaCntaNal/CSTNRH2019.pdf>
- Jiménez, C.**
(6 de marzo de 2019). En Oaxaca, 393 mil niñas realizan trabajo doméstico. *El Universal*. <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/especiales/06-03-2019/en-oaxaca-393-mil-ninas-realizan-trabajo-domestico>
- Juárez-Acevedo, I.**
(2020). Cocinas comunitarias en Juchitán de Zaragoza: el trabajo de las mujeres en la base de la vida. *Cuadernos del Sur*, 49, 87-106. <https://cuadernosdelsur.com/revistas/49-%e2%80%a2-julio-diciembre-2020/>
- Lagarde, M.**
(2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martín Beristain, C.**
(2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas: de la prevención a la reconstrucción*. Universidad Central de Venezuela y Asociación venezolana de Psicología Social (AVEPSO).

Martínez Luna, J.

(2010). *Eso que llaman comunalidad*. Culturas Populares, CONACULTA, Secretaría de la Cultura, Gobierno de Oaxaca, Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca.

Mauss, M.

(1979). Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (pp. 155-268). Editorial Tecnos, S.A.

Miano, M.

(2002). *Hombre, mujer y muxé' en el Istmo de Tehuantepec*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés.

Michel, A.

(2006). Treinta años de modernización en Juchitán. Velas, fiestas y cultura zapoteca en los procesos de transformación social. *TRACE*, 50, 63-76.

Pedrero, M.

(2004). Género, trabajo doméstico y extradoméstico en México. Una estimación del valor económico del trabajo doméstico. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 56, 413-446. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31205605>

Rockwell, E.

(2019). *La experiencia etnográfica*. Editorial Paidós.

Torns, T.

(2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 15, 53-73. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297124045003>